



“PEDIR LO QUE QUIERO”
COMENTARIO DE LAS PETICIONES
DEL LIBRO DE EJERCICIOS ESPIRITUALES
DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Santiago Thió i de Pol, sj

Introducción

Oración preparatoria

Primera petición. Meditación de las tres potencias [48]

Segunda petición. Meditación de los propios pecados [55]

Tercera petición. Contemplación del infierno [65]

Cuarta Petición. Contemplación del Rey Eternal [91]

Quinta petición. Contemplación de la Encarnación [104]

Sexta petición. Meditación de dos banderas [139]

Séptima petición. Meditación de tres binarios [152]

Octava petición Contemplación de la Cena [193]

Novena petición. Contemplación del Huerto [203]

Décima petición. Contemplación de la aparición a Maria [221]

Undécima petición. Contemplación para alcanzar amor [223]

Coloquios

INTRODUCCIÓN

“En verdad, en verdad os digo: lo que pidáis al Padre os lo dará en mi nombre.

Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea colmado.” (Jn 16,23b-24).

Este escrito está pensado para personas que ya han hecho los Ejercicios Espirituales y que están un poco familiarizadas con la vida de San Ignacio. Podrán repasar y disfrutar las diferentes etapas del camino, marcado por las once peticiones que se proponen, como quien mira las fotografías de una excursión. Se observarán detalles que de primeras posiblemente se habrán perdido y, a la inversa, cada lector habrá tenido una degustación de ellas muy personal. Me comentaba hace poco un compañero de comunidad, el P. Albert Dou que, cuando repite los Ejercicios, suele fijarse exclusivamente en las peticiones, rumiándolas y repitiéndolas todo el día.

También los que dan Ejercicios son destinatarios de estos apuntes. A fuerza de orientar una y otra vez el proceso se puede dar el caso de que, sin darse cuenta, consideren tan evidentes o conocidas las peticiones ignacianas que no se entretengan en desmenuzarlas para que el ejercitante las asimile convenientemente. Hay peligro, por tanto, de pasar por alto el provecho espiritual que se esconde en ellas o la dificultad de comprensión y de adhesión que comportan, de manera que no se ayude bastante al ejercitante a valorarlas y a apropiárselas.

Para llamar la atención sobre cada una de ellas se procurará referirlas a alguna vivencia ignaciana de manera que se resalte su contexto u origen vital. El mismo Ignacio afirmaba que los Ejercicios no los escribió de un tirón sino que *“algunas cosas que observaba en su alma y las encontraba útiles, le parecía que podían ser útiles también a otros, y así las ponía por escrito”* [Au 99]. Y a continuación da dos ejemplos al transcriptor de su autobiografía, Luís González da Câmara: el primero, *“el examinar la conciencia con aquel modo de las líneas, etc.”*; el segundo, *“Las elecciones especialmente me dijo que las había sacado de aquella variedad de espíritu y pensamientos que tenía cuando estaba en Loyola, estando todavía enfermo de una pierna.”* [Au 99].

Para desarrollar su contenido además se aludirá a su inspiración evangélica y, dado que las formulaciones orantes son propias de cada época, se propondrá alguna alternativa sacada de la misma Escritura, particularmente, de los Salmos.

Como se ha insinuado, el cuaderno se centra en las once peticiones formuladas por Ignacio como último preámbulo de las diferentes meditaciones o contemplaciones desarrolladas. Encabezará el comentario el análisis de la *oración preparatoria*. Además, como algunas peticiones se iluminan o se amplían en el coloquio final, se añadirá un breve apunte sobre cada uno de ellos al final.

En cambio se dejarán de lado las cuatro peticiones que se encuentran en documentos complementarios:

- En el **Examen particular**: para darse cuenta del progreso de una virtud o disminución de una falta [25]

- En el **Examen general de conciencia**: para el conocimiento y superación de los pecados [43]

- En el **Primer modo de elección de Tercer Tiempo**: para obtener ayuda en la elección [180]

- En el **Primer modo de orar**: para alcanzar comprensión de los mandamientos, conocimiento de las faltas y enmendarse [240]

Es muy conocida la sobriedad de Ignacio para dar instrucciones. No suele repetirse, a no ser para indicar frecuentemente “*Que se haga como antes*”. Choca, por tanto, que empiece monótonamente las once peticiones con un estribillo insistente: “*Pedir lo que quiero*”.

Esta insistencia nos lleva a considerar el valor que Ignacio da a *pedir* y a *querer*. Su Diario Espiritual demuestra su confianza en obtener lo que pide, confianza que se apoya en el dicho de Jesús: “*Porque todo el que pide recibe; el que busca halla; y al que llama, se le abrirá*” (Mt 7,8). El texto evangélico de cabecera es un reto a los discípulos por no haber pedido todavía nada en su nombre.

Considere el lector qué significará eso de pedir en nombre de Jesús.

Muy frecuentemente, el fruto de la oración radica en darse cada vez más cuenta de que lo que se *pide* es un don gratuito de Dios, imposible de conseguir por las propias fuerzas. Ignacio, al insistir en que se *pida*, nos indica que aquello es un don. Igualmente, al subrayar la *volición* decidida de aquel don, toma el pulso al deseo y lo incentiva. También muy frecuentemente el fruto de la oración consistirá en darse cuenta de que el don se desea cada vez más intensamente. Ambas constataciones suelen ir acompañadas de consolación anhelante. De hecho, en una ocasión en que Ignacio suspiraba por una confirmación trinitaria, aumentó tanto su deseo y la pedía con tanto empeño que sentía una enorme seguridad de que el buen Dios se la otorgaría.

Estos acentos sobre la confianza de pedir, la gratuidad del don y el deseo de la petición, son materia prima del examen de la oración y de la entrevista con el acompañante. El P. Calveras extrae precisamente de la marcha de las peticiones el fruto de las diferentes etapas de Ejercicios.

Sugerimos que al hacer Ejercicios o al leer este cuaderno se rece cada petición según el método de oración ignaciano, ponderando cada palabra hasta agotar los significados y afectos que desvela.

LA ORACIÓN PREPARATORIA

“Dije entonces: Heme aquí que vengo. Se me ha prescrito en el rollo del libro hacer tu voluntad. Oh Dios mío ” (Sl 40,8-9).

Ignacio estaba acostumbrado a la duplicidad de intención. Los libros de caballerías, y el mismo talante de la corte, alimentaban el deseo de hacer grandes cosas para ser visto. El hijo de Amadís de Gaula, Esplandián, al hacerse caballero ora toda la noche de pie delante de una bella imagen de Nuestra Señora antes de emprender el rescate de su abuelo Lisuarte. Las hermosas damas de la corte oyen su devota oración y admiran la valentía y belleza del joven, el vestido y la armadura muy negros, contrastando con la blancura de las de sus compañeros también noveles.

Así, en sus castillos en el aire de Loyola, los hechos de armas y las palabras imaginarias tenían la segunda intención de ganarse el favor de una señora, que era más que duquesa. Al parecer, en las penitencias de Manresa estaba el propósito de emulación de los santos y le consolaba constantemente la visión de un ser maravilloso, una figura de serpiente con muchos puntos resplandecientes como si fuesen ojos. ¿Vendrá de aquí su expresión *cola serpentina*? En la iluminación del Cardoner discierne la duplicidad. Dando Gracias ante la Cruz del Tort conoció que esa gratificación era del maligno. De ahora en adelante menospreciará dicha visión, ahuyentándola con el bordón [Au 31].

En este contexto afirma Ignacio que Dios mismo le enseñaba a discernir puesto que le había concedido el don de una firme voluntad para servirle [Au 27]. Al final de su dictado a Cámara afirma su rectitud de intención y la simplicidad con que ha narrado su vida. No le queda ni una brizna de vanagloria [Au 99].

Este contexto vital de puridad y de discreción en el servicio de Dios origina la oración que propone Ignacio como inicio de cada ejercicio:

La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad [46].

Esta oración servirá de hilo conductor a lo largo de todo el proceso, desde el Principio y Fundamento hasta la Contemplación para alcanzar Amor. No solamente por la repetición, como anota Ignacio: *“Ante todas contemplaciones o meditaciones, se deben hacer siempre la oración preparatoria sin mudarse y los dos preámbulos...”* [49], sino sobre todo por la unión sutil de los extremos mencionados. En efecto, comparemos textos:

- En el Principio y Fundamento: *“solamente deseando y eligiendo lo que más lleve al fin (hacer reverencia, alabar y servir a Dios nuestro Señor) para el cual hemos sido creados”*.
- En la Oración Preparatoria: *“que todas mis intenciones... sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad”* (la reverencia se supone tratándose de una oración).
- En la Contemplación para alcanzar Amor: *“en todo amar y servir a su divina majestad”* (la

Traducción Vulgata intercala también el *alabar*).

Se observa una concordancia y un progreso: el *más* del primer texto se convierte en un *todo* en los otros dos; el *servicio* se mantiene en los tres; la *alabanza* todavía se conserva en el segundo; pero *reverencia* y *alabanza* se convierten en *amor* en el tercero.

Este pequeño análisis da la clave de la inspiración evangélica de la oración. Se trata del primer mandamiento, con el segundo incorporado: “*Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente... Amarás a tu prójimo como a ti mismo*” (Mt 22,37-39).

Téngase en cuenta que la *divina majestad* se identifica, a partir de la Contemplación de la Encarnación, con la Trinidad [106].

Además de la totalidad comentada se pide la ordenación correcta: los medios son medios y el fin es fin. No confundirse, avisa Ignacio: “*así como acaece que muchos eligen primero casarse, lo qual es medio, y secundario servir a Dios nuestro Señor en el casamiento, el qual servir a Dios es fin. Asimismo hay otros que primero quieren haber beneficios y después servir a Dios en ellos*” [169].

Es don de Dios también la simplicidad y la pureza del deseo, *intenciones*; del plan, *operaciones*; de la ejecución, *acciones*. No hace falta decir que el maligno es maestro de intenciones dobles, de planes mentirosos y de actuaciones tramposas. Ignacio lo sabía muy bien. En las reglas de discernimiento no para de denunciarlo [325, 326, 331, 332, 334]. El enemigo aún es más insidioso cuando ataca con escrúpulos o vanagloria. Si realmente la obra emprendida es servicio de Dios, es preciso oponerse diametralmente, contestando al enemigo “*No lo he empezado por ti, tampoco lo dejaré por ti*” [351].

El salmista expresa así su deseo de rectitud y lucidez: “*Sóndame, oh Dios, mi corazón conoce, pruébame, conoce mis desvelos; mira no haya en mí camino de dolor, y llévame por el camino eterno*” (Sl 139). La Liturgia de las Horas invita a una oración parecida: “*Tu gracia, Señor, inspire nuestras obras, las sostenga y acompañe; para que todo nuestro trabajo brote de ti, como de fuente, y a ti tienda, como a su fin.*” (Laudes del lunes de la semana I).

PRIMERA PETICIÓN. Meditación de las tres potencias [48]

“Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro; córtala...” (Lc 13,7).

San Ignacio comienza la primera semana con una meditación provocadora, denunciando y anunciando al mismo tiempo. Da por supuesto que el ejercitante ha cometido faltas graves. ¡Él las había hecho muy gordas!

En efecto, según Polanco: *“Ignacio era hombre de fe, aunque no vivía en absoluto de acuerdo con ella ni se guardaba de pecados, sino que era especialmente travieso en juegos y cosas de mujeres, y en revueltas y cosas de armas”* y le excusa diciendo, *“pero esto era por vicio de costumbre”*.

A los 24 años, amparándose en que era eclesiástico tonsurado, se sustrajo a un juicio por una falta muy grave cometida aprovechando el anonimato del Carnaval. Denunciando el subterfugio de la tonsura que le libraría, dice el acusador *“[...] y los delitos que ha cometido son cualificados y muy enormes por haberlos cometido él y Pero López, su hermano, de noche, a propósito, y sobre habla y consejo habido sobre acechanza, y alevosamente, según parece por esta pesquisa que le presento...”* (Script I, 586). Acaba pidiendo el *“conocimiento público, el castigo, la punición y la corrección”* de Ignacio por el tribunal civil. Su influyente familia consiguió salvarlo.

Petición. Demandar a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo [...] Aquí será demandar vergüenza y confusión de mí mismo, viendo cuántos han sido dañados por un solo pecado mortal, y cuántas veces yo merecería ser condenado para siempre por mis tantos pecados [48].

Polanco, en la versión latina de 1547 revisada por Ignacio, se siente con la obligación de dejar en hipótesis el daño o condena de muchos intercalando un “quizás”: *“...cuántos “quizás” han sido dañados por un solo pecado mortal...”*.

La *vergüenza* es una intensa emoción humana. No es nada agradable sentirla. Desde el punto de vista objetivo hace descender muchos peldaños en la consideración y significación social, lo cual es una necesidad primaria del individuo. Subjetivamente obliga a esconderse, ya sea físicamente, ya sea amparándose en excusas. Al añadir Ignacio la *confusión* parece pedir que tampoco se encuentre salida. No valen autojustificaciones. El ejercitante entra en crisis. Huele el peligro. Se ve perdido.

La meditación se desarrolla mediante comparaciones como hace el profeta Natan con David.

Pondera la desobediencia y la soberbia del pecado angélico, con la condena correspondiente, así como también la desobediencia de Adán y Eva con sus nefastas consecuencias y finalmente la condena intrínseca y justificada que comporta la malicia de cualquier pecado grave por el que haya sido condenado alguien “quizás” menos pecador que el mismo ejercitante.

Al mismo tiempo éste experimenta personalmente la afirmación del salmista:

*“Clemente y compasivo es Yahveh,
tardo a la cólera y lleno de amor...
no nos trata según nuestros pecados
ni nos paga conforme a nuestras culpas.” (Sl 103,8-10).*

Ahora bien, si ya avergüenza la comparación entre culpable y menos culpable, aún confunde más el salto comparativo inesperado del coloquio final en el que la condena en cruz del Inocente salva al culpable. Gracias al Crucificado, Ignacio y el ejercitante escapan, ya no del juicio eclesiástico o civil, sino del divino. Al final de la meditación acude a quien lo ha salvado. La paciencia divina se debe a la obediencia de Jesús, descrita siguiendo el descenso del himno de la Carta a los Filipenses. Ignacio subraya su muerte temporal para *morir por mis pecados* [53]. “ - ... *apenas habrá*”, dice San Pablo, “*quien muera por un justo; por un hombre de bien tal vez se atrevería uno a morir-; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros.*” (Rm 5,7-8).

Así la experiencia final derborda la vergüenza provocada por el temor inicial y deriva hacia un amor agradecido e incondicional: ¿Qué debo hacer por Cristo? [53].

Algunos directores dejan de lado esta primera meditación tan abrupta y sorprendente. Tal vez no conocen muy bien al ejercitante ni su aceptación de su condición pecadora. Le respetan porque puede estar culpabilizado o encastillado, lleno de escrúpulos o evadido. De hecho, Ignacio preparó durante cuatro años al beato Pedro Fabro antes de proponerle los Ejercicios porque le dominaba –parece– el temor de Dios.

Así muchos ejercitadores presentan la meditación como una reflexión sobre la historia del pecado, en la que se inscriben los pecados propios, contrapuesta a la historia de la salvación. Otros optan por recalcar el horror del pecado estructural como acumulación de mal y provocación del tropiezo humano colectivo. Tanto una versión como la otra, muy interesantes en si, no corresponden mucho al pensamiento de Ignacio.

La vergüenza de la desnudez de Adán y Eva o la confusión de David en la mencionada parábola de Natán y su canto penitencial inspiran este ejercicio. O, aún más, la triple confesión de amor de Pedro y la conducta de Pablo después de haber sido atrapado por Cristo.

Iluminan la petición estas dos citas:

*“Si en cuenta tomas las culpas,
oh Yahveh, ¿quién, Señor, resistirá?
Mas el perdón se halla junto a ti,
para que seas temido.” (Sal 130).*

*“Pues no recibisteis un espíritu de
esclavos para recaer en el temor;
antes bien, recibisteis un espíritu
de hijos adoptivos que nos hace
exclamar: ¡Abbá, Padre!” (Rm 8,15).*

SEGUNDA PETICIÓN. Meditación de los propios pecados [55]

“Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra.” E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra” (Jn 8, 7-8).

Un vuelo de águila sobre la vivencia penitencial de Ignacio encuadrará la petición actual.

Todavía convaleciente del cañonazo de Pamplona se da cuenta del desastre de su vida pasada y de cuánta necesidad tiene de hacer penitencia [Au 9]. La visión de una imagen de la Virgen María con el Niño le provoca asco de la vida pasada [Au 10]. Inspirado en los santos le parece que ni entrando en una Cartuja *“pudiese ejercitar el odio que contra sí tenía concebido.”* [Au 12]. Pero las penitencias van cambiando de cariz y se orientan cada vez más a complacer y agradar a Dios [Au 14]. En Montserrat hace una confesión general escrita que dura tres días [Au 17].

Retirado en Manresa es combatido severamente por los escrúpulos, confesándose reiteradamente porque siempre queda con la impresión de haber omitido algún detalle. Vuelve a escribir detalladamente toda su vida pecadora [Au 22], y sólo logra liberarse de su obsesión cuando cae en la cuenta de que el enemigo le quiere forzar a abandonar por la locura de tanto hilar fino [Au 22,25]. Esta lucha nos ha valido las reglas para discernir escrúpulos, en las cuales considera que tenerlos por una temporada puede ser provechoso, ya que *“en gran manera purga y alimpia a la tal ánima, separándola mucho de toda apariencia de pecado”* [348].

En peligro de muerte, también en Manresa, le venía el pensamiento de sentirse justo y él se resistía, restregándose sus pecados. Dice que esta lucha interior le resultaba más trabajosa que la misma fiebre [Au 32]. En cambio doce años más tarde, nuevamente en peligro de muerte, no teme ya a sus pecados sino que siente *confusión y dolor* por no haber aprovechado los dones de Dios. Aún, quince años después, sólo de pensar en morir se tenía tanta alegría que debía apartar el pensamiento porque no resistía tanta consolación [Au 33].

En 1541, votado unánimemente como Superior General de la incipiente Compañía pensó escabullirse con una nueva confesión general, convencido de que el confesor impediría el nombramiento. Pero se repitió entre él y el buen fraile lo que pasó entre Pedro y Jesús en la triple negación y confesión de amor: *Apacienta mis ovejas* (Jn 21,17).

Al final de la vida se atreve a hacer esta confidencia: *“que había cometido muchas ofensas contra Nuestro Señor después que había empezado a servirle, pero que nunca había tenido consentimiento de pecado mortal”* [Au 99].

Valga este denso resumen para valorar la profundidad de esta simple petición:

El segundo es demandar lo que quiero: será aquí pedir crecido e intenso dolor y lágrimas de mis pecados [55].

¡Cuidado! La inmersión en la propia vida de pecado requiere una experiencia muy positiva de la bondad de Dios, para evitar caer en la desesperanza y, sin embargo, dar medida a las faltas propias. ¡El sol divino permite ver las motas de polvo! San Pedro sirve de muestra al

caer de rodillas y exclamar a causa de la generosa pesca inesperada: “*Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador*” (Lc 5,8). Ignacio remachaba dicha bondad en el coloquio de la meditación anterior. Conviene repetirlo. Además nos pone en guardia porque “*en las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y pecados; en las cuales personas el buen espíritu usa contrario modo, punzándoles y remordiéndoles las conciencias por el sindérese de la razón* [314].

Es necesario ver la fuerza liberadora del reconocimiento del propio pecado: “*Cuando yo me callaba, se sumían mis huesos en mi rugir de cada día. Mi pecado te reconocí y no oculté mi culpa; dije: “Me confesaré a Yahveh de mis rebeldías.” Y tú absolviste mi culpa, perdonaste mi pecado.*” (Sal 32).

Si reconocer el propio pecado ya es un don, todavía lo es más sentir dolor por él, y cuanto más intenso, mejor. Para llegar a matar la raíz se ha de cavar a fondo. El pecado se expande en cadena dañando a otros, como es el caso de David que pasa de un adulterio a un asesinato con gran escándalo, pero también crece hacia dentro, arraigando en las estructuras más íntimas personales. Pablo exclama: “*¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte? No hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero*” (Rm 7,24.19).

Una ley psicológica establece que el afecto se adhiere a lo que gratifica y crea una actitud o expectativa que puesta en acción se convierte en hábito. Cuando un carterista ha disfrutado de una cartera robada le queda una adhesión instintiva a las carteras ajenas. ¿Cómo sanarla? El dolor intenso contradirá la gratificación desordenada. Si además logro llorar, las lágrimas queman la raíz y lavan como en un nuevo bautismo. Recordemos a la pecadora a los pies de Jesús, mojándolos con lágrimas y secándolos con los cabellos. También Pedro se aleja de la casa de Caifás *llorando amargamente*. Si aquel chico llorase la cartera robada, difícilmente volvería a hacerlo.

El peligro de esta petición es que se quiera forzar el sentimiento o, a la inversa, que al no obtenerlo uno piense que no ora bien. El dolor y el llanto, recordémoslo, son don de Dios.

La meditación considera el proceso cuantitativo -todos- y la fealdad y malicia de los pecados personales. Para ayudarse propone Ignacio nuevamente la comparación entre quién es Dios a quien he ofendido y quién soy yo, y acaba agradeciendo la paciencia de Dios.

TERCERA PETICIÓN. Contemplación del infierno [65]

“Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era forastero, y no me acogisteis; estaba desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel y no me visitasteis” (Mt 25,41-43).

El 7 de marzo de 1544, a sus 53 años, apunta la siguiente experiencia. Según su costumbre penitencial de los viernes, buscando reconciliarse con las Personas Dividas, no nota su presencia. Se conforma, confiesa que es un niño y pide que Dios le guíe por el camino de su voluntad. Deduce que necesita permiso para mirar al cielo y con este pensamiento se inunda de lágrimas de reverencia. En este contexto se hace esta consideración:

“Si Dios me pusiese en el infierno, se me representaban dos partes: la una, la pena que padecería allí; la otra cómo su nombre se blasfema allí; cerca la primera no podía sentir ni ver pena, y así me parecía y se me representaba serme más molesto en oír blasfemar su santísimo nombre” [DE 132].

En el último párrafo del libro de los Ejercicios, Ignacio expone su pensamiento sobre el temor de Dios, que justifica la presente contemplación: *“Dado que sobre todo se ha de estimar el mucho servir a Dios nuestro Señor por puro amor, debemos mucho alabar el temor de su divina majestad; porque no solamente el temor filial es cosa pía y santísima, mas aun el temor servil, donde otra cosa mejoro más útil el hombre no alcance, ayuda mucho para salir del pecado mortal; y salido fácilmente viene al temor filial, que es todo acepto y grato a Dios nuestro Señor, por estar en uno con el amor divino” [370].*

Ignacio tiene asumido que su historial pecador bien merecía condena. En determinado momento de su vida había llegado a odiarse, como ya se ha visto. La tremenda admiración exclamativa del último punto de la meditación anterior en un Ignacio no muy exagerado da la medida de su odio. Pero en el corazón del pecador ha surgido un amor tierno y se le hace insoportable cualquier blasfemia contra Dios.

He aquí su petición extrema contra el pecado:

El segundo, demandar lo que quiero: será aquí pedir interno sentimiento de la pena que padecen los dañados, para que si del amor del Señor eterno me olvidare por mis faltas, a lo menos el temor de las penas me ayude para no venir en pecado [65].

Esta petición parece inspirada en el Kempis, libro muy apreciado por Ignacio: *“Es bueno que si el amor no nos desvía de aquello que es malo al menos el temor del infierno nos retenga. Pero quien pospone el temor de Dios no puede perseverar mucho tiempo en el bien; sino que pronto caerá en los lazos del demonio” (Libro I, XXIV, 7).*

A pesar del parecido hay dos diferencias notables. La primera, que Ignacio acentúa que las faltas pueden hacer perder el amor divino. Kempis, en cambio, insinúa que el amor puede

resultar insuficiente para desviar del mal. La segunda, que la valoración del temor de las penas en Ignacio es de ayuda y de suplencia; en Kempis es necesaria para perseverar en el bien. En ambos hay, sin embargo, un horror al pecado y acuden a todos los medios para evitarlo.

Repasemos los registros ignacianos sobre el pecado. Se ha pedido vergüenza, confusión, dolor intenso, lágrimas, aborrecimiento y conversión. Ahora se pide sentimiento interno de sus penosas consecuencias. La Iglesia, que ha canonizado tantos santos, jamás ha declarado la condena eterna de nadie. En la escuela de Jesús ella advierte del serio peligro; pero celebra la obra salvadora de Cristo formulándola de múltiples maneras: redención, rescate, sustitución, oblación de la vida por los amigos o como donación del buen pastor por sus ovejas.

¿Y si sólo Jesús hubiese bajado al infierno? La experiencia de la cruz es la vivencia del anti-reino de Dios: hostilidad feroz de la creación, a pesar de que el Padre lo había puesto todo en sus manos; ajusticiado en las afueras de la ciudad, siendo el hermano primogénito; acusando el silencio del Padre, cuando se sabía el Hijo amado.

El pueblo escogido pone en boca del futuro Mesías este salmo infernal:

*“Porque mi alma de males está ahíta,
y mi vida está al borde del seol;
contado entre los que bajan a la fosa,
soy como un hombre acabado.
Has alejado de mí a mis conocidos,
me has hecho para ellos un horror,
cerrado estoy y sin salida,
mi ojo se consume por la pena.
Yo te llamo, Yahveh, todo el día,
tiendo mis manos hacia ti.
Mas yo grito hacia ti, Yahveh,
de madrugada va a tu encuentro mi oración;
¿por qué, Yahveh, mi alma rechazas,
lejos de mí tu rostro ocultas?
Me envuelven como el agua todo el día,
se aprietan contra mí todos a una.
Has alejado de mí compañeros y amigos,
son mi compañía las tinieblas.” (Sal 88)*

Con el trasfondo de la *Divina Comedia* de Dante, mientras Ignacio retoca los Ejercicios, Miguel Ángel pinta el Juicio Final de la Capilla Sixtina (1535-41), la Inquisición quema herejes y, toda Europa, brujas. Así, a través de la aplicación de los diferentes sentidos imaginativos a las penalidades del infierno -el oído oye blasfemias contra Cristo y los santos- el ejercitante acaba la oración con una acción de gracias de tanta piedad y misericordia de Dios hacia él.

CUARTA PETICIÓN. Contemplación del Rey Eternal [91]

“La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.” (Mt 9,37-38).

La contemplación de *“El llamamiento del rey temporal ayuda a contemplar la vida del rey eternal”* [91] está pensada para un día de descanso, dentro del retiro, dedicándole una hora por la mañana y una hora antes de comer o de cenar. Sirve de pórtico para leer entre líneas todo el sentido de la vida de Jesús. Ignacio emplaza al ejercitante a no ser sordo a su llamada y a distinguirse en el servicio de su causa.

El momento más brillante de la carrera de Ignacio fue la entrada a galope en Pamplona. Hacía nueve años que Navarra había sido anexionada a la corona de Castilla por Fernando el Católico, a lo que había contribuido su hermano mayor. Pero el francés había reunido tropas, aprovechando las luchas internas de los comuneros y los diversos frentes principales abiertos en Nápoles y el Rosellón. El virrey está lejos, pero envía a Ignacio a ponerse a las órdenes del gobernador. Aunque acude con su hermano, éste se retira porque no llega a un acuerdo sobre el mando y el gobernador huye también. Ignacio entra en la ciudadela con un pequeño destacamento y se distingue por su coraje y resistencia hasta que cae herido. Aquello fue el estampido de su vida y no fue sordo a él.

A pesar de la cojera de su pierna quebrada hizo a pie por Europa nada menos que 8.000 kilómetros. Buena parte como peregrino; la mayoría, como estudiante pobre y, otros, para acudir a la llamada de superiores y compañeros. Comprobó así, de manera física, la abundancia de los campos sembrados y, de manera espiritual, el desorden de las comunidades cristianas y la falta de segadores. Hizo suya la llamada de Jesús y pasó la voz a otros.

Javier se hacía el sordo a la llamada durante mucho tiempo. Pero cuando comprobó la amplitud de la empresa por los caminos y mares de la India, del Japón y de la China también llamaba a los estudiantes de París con una fuerza que removía las piedras.

Lo mismo hacía Fabro. Y la vocación jesuítica de Francisco de Borja suponía un estampido tal que, según Ignacio, el mundo no tendría oídos suficientes para oírlo. Todavía más detonante fue la vocación de Juana, exreina de Portugal y regente de las Españas, la única mujer que ha muerto siendo jesuita.

Petición. Demandar la gracia que quiero: será aquí pedir gracia a nuestro Señor, para que no sea sordo a su llamamiento, mas presto y diligente para cumplir su santísima voluntad [91].

Se espolea al ejercitante que tenga suficiente edad, ingenio y capacidad, para que acoja la voz y quiera distinguirse en el servicio a tan gran Señor. Cuando Jesús llama mediante las parábolas del Reino concluye casi lamentándose: *“El que tenga oídos que oiga”* (Mt 13,43). El ejercitante que ha llorado su pecado ¿tendrá el oído despierto? Ignacio le avisa, como Elías al joven Samuel, que no se distraiga ni se haga el sordo. El maestro indicó al discípulo, que todavía no reconocía la voz de Dios, lo que tenía que decir: *“¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!”* (1S 3,9). Conviene notar que el título de Rey sólo lo acepta Jesús en el juicio de

Pilatos, en las mofas de los soldados durante la coronación de espinas y en el rótulo colgado en la cruz. Y es que para Jesús “*Mi Reino no es de este mundo*” (Jn 18,36). ¡Es la voluntad del Padre!

La expresión “voluntad de Dios” puede parecer una decisión divina arbitraria porque la palabra latina *voluntas* pierde el matiz de la griega, *zelema*, que indica una voluntad favorable a las personas. La palabra actual “voluntariado” mantiene el sentido amoroso y diligente de la palabra. El anuncio angélico consiste en que Dios, por Jesús, se hace voluntario de la humanidad: “*paz a los hombres hacia los que Dios tiene un buen “zelema”*”. Para Jesús la voluntad de Dios, su reinado, es el tesoro escondido en el campo, es la perla. Más aún, es su alimento. Se invita al ejercitante a apasionarse sin reservas ni miedos.

*“Ni sacrificio ni oblación querías,
pero el oído me has abierto;
no pedías holocaustos ni víctimas,
dije entonces: Heme aquí, que vengo.
Se me ha prescrito en el rollo del libro,
hacer tu voluntad.
Oh Dios mío, en tu ley me complazco
en el fondo de mi ser.
He publicado la justicia
en la gran asamblea;
mira, no he contenido mis labios,
tú lo sabes, Yahveh.” (Sal 40).*

De hecho, Dios sueña una talla para cada uno, proyectada en la plenitud de Cristo (Ef 4,13). Pero el sarmiento sólo dará fruto si permanece en Él. La expresión “conmigo” impregna la contemplación y da el descanso y el coraje de la jornada. Es posible ofrecerse y distinguirse. San Pedro quiso lucirse: “*Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré*” (Mt 26,33). Parece que se apoya en sí mismo y menosprecia a los otros. Posiblemente no tuvo bastante en cuenta el “conmigo” ignaciano o la elección específica del Señor en este caso. Jesús resucitado le urgirá delicadamente: “*Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?*” (Jn 21,15).

QUINTA PETICIÓN. Contemplación de la Encarnación [104]

*“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.
Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14,6).*

En febrero de 1524, invierno de frío intenso, regresando de Jerusalén, Ignacio camina de Venecia a Génova atravesando líneas enemigas. Él mismo describe su estampa: *“no llevaba más ropa que unos zaragiüelles de tela gruesa hasta la rodilla, y las piernas nudas, con zapatos, y un jubón de tela negra, abierto con muchas cuchilladas por las espaldas, y una ropilla corta de poco pelo”*. Los guardas lo detienen pensando que era un espía, lo cachean y, aunque él reclama la ropilla por el frío y por decoro, lo llevan atado en mangas de camisa y caperuza al capitán.

“En esta ida”, continua diciendo, *“tuvo el pelegrino como una representación de cuando llevaban a Cristo, aunque no fue visión como las otras. Y fue llevado por tres grandes calles; y él iba sin ninguna tristeza, antes con alegría y contentamiento”*.

Considera cómo debería tratar al capitán. Tenía por costumbre tratar de “vos” porque así lo harían Jesús y los apóstoles. Le asalta la tentación de halagarle con el trato de “señoría” (él había servido en la corte) por miedo a las torturas. Viendo que es una tentación de desfigurar la imagen de Jesús decide: *“pues así es, dice, yo no le hablaré por señoría, ni le haré reverencia, ni le quitaré caperuza.”* [Au 49-52]. ¡Lo tomaron por loco!

La contemplación asidua de Jesús configuraba la manera de comer, de vestir y de mirar de un Ignacio novicio, aunque muchas cosas procediesen de su imaginación o de las representaciones que había contemplado. De hecho, recomienda al ejercitante que mientras coma *“considere cómo que ve a Cristo nuestro Señor comer con sus apóstoles, y cómo bebe, y cómo mira, y cómo habla; y procure de imitarle”* [214]. En las Constituciones da un paso más y propone imitar y seguir a Jesús *“como sea la vía que lleva los hombres a la vida”*

[Const 101].

Petición: demandar lo que quiero: será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga [104].

La petición es lógica: primero, conocimiento; luego, amor y, al fin, seguimiento. Pero, de hecho sólo comienzas a conocer a fondo a una persona cuando la amas, y aprendes a amarla a medida que te acostumbras a ella y compartes su camino. Cuando más amo más conozco, dice Orígenes, y un proverbio árabe afirma que no te haces a una persona hasta que no has caminado un buen rato con sus sandalias.

Si, pues, parece lógicamente que antes se ha de conocer para amar y que antes se ha de amar para seguir, en realidad se da una circulación progresiva entre el conocimiento, el amor y el seguimiento. Incluso, apoyándose en la contemplación anterior, parece que Ignacio pone por delante el seguimiento incondicional e intuitivo, a la manera apostólica, y el resto ya vendrá.

Ocurre algo parecido al primer encuentro con los discípulos: “¿*Qué buscáis?*”, pregunta Jesús, “*Maestro, ¿dónde vives?*”, le responden, “*Venid y lo veréis*”, fue la invitación (Jn 1,38).

Así pues tendría que añadirse a la canción una tercera estrofa:

*“Señor, qué te conozca,
porque si te conozco, te amaré;
Señor, que te ame,
porque si te amo, te seguiré;
Señor, que te siga,
porque si te sigo, te conoceré”*

Una recomendación es clave para hacer las contemplaciones de la Segunda Semana: entrar en los misterios ¡como si presente me hallase! De alguna manera se pretende remedar el seguimiento apostólico. El ejercitante se apasiona por Jesús tal como confiesa San Pablo al decir: “*juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en él... continuo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús*” (Flp 3,8-9,12).

Ignacio, en el momento álgido de su forcejeo con la Santísima Trinidad para confirmar el seguimiento de Jesús en pobreza, se siente desorientado. Recurre a Jesús: “*Señor, dónde voy (me lleváis) o donde, etcétera; siguiéndoos, mi Señor, yo no me podré perder*” [DE 113].

San Juan recoge la razón absoluta del deseo de conocer a Jesús. En el diálogo de la Santa Cena dice Jesús: “*Yo soy el Camino, la Verdad, y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto*”. Le dice Felipe: “*Señor, muéstranos al Padre y nos basta*”. Le dice Jesús: “*¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe?*” (Jn 14,6-9).

Psicológicamente, el vacío creado por el aborrecimiento del pecado y de las malas afecciones -“*Dejé el ganado que antes seguía*” (Juan de la Cruz)- puede llenarse de sobra por la adhesión a Jesús.

En fin, un camino no es sino para seguirlo. “*¿Dónde iremos?*”, dice Pedro, “*tú tienes palabras de vida eterna*”; la verdad es la pasión de nuestro conocimiento, aunque la deje escapar frecuentemente por un Pilatos que se apodera de mí; la *vida* la queremos perenne aunque sea a costa de eliminar a otros por miedo a perderla.

El ejercitante no se ha de preocupar, si busca a Jesús. Seguro que Él mismo hará por encontrarse.

SEXTA PETICIÓN. Meditación de dos banderas [139]

“Vuestro adversario, el Diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. Resistidle firmes en la fe” (1P 5,8-9).

Llegados a este punto de los Ejercicios la estrategia del mal espíritu consiste en que el ejercitante se equivoque o bien en el objetivo o en los medios apostólicos del seguimiento o, como mínimo, pretende perturbarle la alegría.

Ignacio lo describe bien en la 4ª regla de discernimiento de Segunda Semana: *“propio es del ángel malo, que se forma sub angelo lucis”,* expresión paulina de 2 Co 11,14, *“entrar con la ánima devota, y salir consigo; es a saber, traer pensamientos buenos y santos conforme a la tal ánima justa, y después, poco a poco, procura de salirse, trayendo a la tal ánima a sus engaños cubiertos y perversas intenciones”* [332].

Al principio de su estancia en Manresa Ignacio cultiva sin darse cuenta una especie de narcisismo visionario que le resultaba muy placentero. *“Estando en este hospital le acaeció muchas veces en día claro ver una cosa en el aire junto de sí, la cual le daba mucha consolación, porque era muy hermosa en grande manera. No divisaba bien la especie de qué cosa era, mas en alguna manera le parecía que tenía forma de serpiente, y tenía muchas cosas que resplandecían como ojos, aunque no lo eran. Él se deleitaba mucho y consolaba en ver esta cosa; y cuanto más veces la veía, tanto más crecía la consolación; y cuando aquella cosa desaparecía, le desplazaba dello”* [Au 19]. El contexto del recuerdo de esta visión es justamente el de su excesiva preocupación por haber sido muy presumido. La mirada de los ojos consoladores le ensimisma y le distrae del apostolado, entreteniéndolo en la lucha ascética contra su figura con la pretensión y excusa de emular a los santos. A la luz de la Cruz del Tort, al dar gracias por la maravillosa iluminación del Cardoner *“Tuvo un muy claro conocimiento, con grande asenso de la voluntad, que aquel era el demonio”* [Au 31].

En una carta de acompañamiento espiritual atiende la pregunta de Teresa Rajadell de si no sería mejor esconder los dones de Dios. Ignacio atisba la “cola serpentina” que le induce a una falsa humildad. Le dice que la verdadera comunicación espiritual no ha de enorgullecer a nadie porque las gracias se atribuyen sin duda a la generosidad de Dios y no a uno mismo. Por tanto, la única regla para comunicar o no comunicar los dones es si eso ayudará al oyente, es decir, la regla es la discreción de la caridad.

Los ejemplos se podrían multiplicar. En todo caso, fruto de estas experiencias personales que recuerdan de lejos las tentaciones de Jesús en el desierto, apunta Ignacio esta seria oración en la meditación de las Dos Banderas:

Petición: demandar lo que quiero; y será aquí pedir conocimiento de mal caudillo y ayuda para dellos me guardar, y conocimiento de la vida verdadera que muestra el sumo y verdadero capitán, y gracia para imitarle [139].

La personificación de los espíritus malignos, aunque es tardía en la Biblia y además debida a la influencia persa, está muy presente en el Nuevo Testamento. La Legión de demonios, bien

diversa y dividida, se unifica en la persona de Satanás, el caudillo hostil que seduce y engaña a la humanidad. Para San Ignacio es una fuerza “exterior” incontrolada, resultado de la acumulación de las cosas mal hechas propias y ajenas –pecado y escándalo–, de las afecciones desordenadas –pasiones y miedos–, y de los criterios mundanos –errores y dominación–. Si vale la imagen, el adversario es un caballo de Troya relleno de la historia de pecados personales y sociales e infiltrado en la conciencia. Ronda siempre vigilante y obsesivamente provocador. El nombre alternativo de Belzebú no significa otra cosa que “señor de las moscas”. Tan impertinente llega a ser.

Ignacio lo presenta sentado en una cátedra de fuego y humo como Lucifer –portador de luz– a pesar de tener menos entidad que fuego de pajas, a no ser que se le tenga miedo. En este caso es peor que una bestia feroz y perversa.

Jesús previno a Pedro poco antes de la pasión: “¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca” (Lc 22,31-32).

La meditación tiene forma de tríptico: a un lado y al otro los dos campamentos, Babilonia y Jerusalén. En el centro, el amplio mundo al que son enviados los súbditos de Lucifer y los amigos de Jesús: los primeros a tentar, utilizando redes y cadenas; los segundos a ayudar, invitando. Se trata del campo de trigo en el que el enemigo siembra cizaña difícil de separar.

Esta lucha queda muy bien reflejada en el Salmo 73 (72):

*“En verdad bueno es Dios para Israel,
el Señor para los de puro corazón.
Por poco mis pies se me extravían,
y nada faltó para que mis pasos resbalaran,
celoso como estaba de los arrogantes,
al ver la paz de los impíos.
No, no hay congojas para ellos,
sano y rollizo está su cuerpo;
no comparten la pena de los hombres,
con los humanos no son atribuidos.
Por eso el orgullo es su collar,
la violencia el vestido que los cubre;
la malicia les cunde de la grasa,
de artimañas su corazón se desborda.(...)”*

*Miradlos: éstos son los impíos,
y, siempre tranquilos, aumentan su riqueza.(...)
Me puse, pues, a pensar para entenderlo
¡ardua tarea ante mis ojos!
Hasta el día en que entré en los divinos santuarios.(...)
Como en un sueño al despertar, Señor,
así, cuando te alzas, desprecias tú su imagen.(...)”*

*Más para mí mi bien es estar junto a Dios
he puesto mi cobijo en el Señor,
a fin de publicar todas sus obras.”*

SÉPTIMA PETICIÓN. Meditación de tres binarios [152]

“... transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rm 12,2).

La meditación de los tres binarios es el último asalto para ganar la libertad de elegir, cosa que se persigue desde el Principio y Fundamento: hace falta indiferencia para elegir sin afección desordenada y sólo movidos por el amor de Dios. Ésta es la cuestión. Estamos en el núcleo de los Ejercicios cuando queremos sentir la manera personal de seguir a Jesús, conocido y amado como salvador y como adalid de la causa del Padre.

El libro de los Ejercicios está escrito en clave de reciprocidad del amor de Dios y, por tanto, todo se orienta a *“buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima”* [1]. Este título se especifica más al decir que son para *“ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea”* [21].

Por lo tanto, *“buscando la divina voluntad”*, ha llegado la hora de *“que el mismo Creador y Señor se comuniquen a la su ánima devota abrazándola en su amor y alabanza, y disponiéndola por la vía que mejor podrá servirle adelante”* [15].

¿Será capaz el ejercitante de cuestionar decisiones anteriores? Es más, ¿podrá elegir en libertad si tiene unas afecciones, gruesas o sutiles, que decantan su corazón? De las malas ya se ha arrepentido, pero ¿qué lastre impide un seguimiento decidido? ¿Cómo deshacer lazos?

A partir de Loyola la vida de Ignacio es una toma de decisiones continua. Vive a caballo de su libertad (estamos en pleno Renacimiento) y de la moción del Espíritu. Si ha pedido insistentemente *“que todas las intenciones, acciones y operaciones estén puramente ordenadas al servicio y alabanza de la divina majestad”*, cuestiona ahora a cada paso si *“aquel amor que me mueve y me hace elegir la tal cosa, descienda de arriba del amor de Dios”* [184].

Tenemos un delicado ejemplo en su Diario Espiritual. En el discernimiento del régimen económico de la Compañía recibe tantas visitas de Dios que no encuentra el momento de acabarlo. Hablando claro, ¡ha quedado enganchado desordenadamente a la consolación de Dios! Al darse cuenta, lucha contra la afección que le causa mucha inquietud. Llega a pasar un Getsemaní y reproducirá la oración de Jesús: *“Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya”* (Lc 22,42). Así, dejando atrás incluso la consolación divina, es conducido al maravilloso camino de la humildad amorosa hacia Dios y el mundo. Acaba el discernimiento anegado en un océano de lágrimas causadas por la nueva conformidad con la voluntad de Dios.

La afección puede ser también aversión. En la Autobiografía el mismo Ignacio explica la repugnancia que sentía para ir a cuidar a un compañero de estudios enfermo en Rouan. Éste dilapidó su dinero recogido durante el verano para pasar el curso académico. Se lo había dejado en custodia para mostrarle confianza y por escrúpulo de disponer de tanto dinero. En contra de su afección, acaba decidiendo hacer a pie y descalzo los cien kilómetros que separaban Rouan de París y, para mayor contención, decide ayunar durante los tres días de camino [Au 79].

De la misma manera podemos pensar en la lucha interior de Ignacio para decidir oponerse al nombramiento de Francisco de Borja como cardenal contra la voluntad de dos superiores suyos: la de Carlos V y la del Papa, Julio III, que quería complacer al emperador.

Petición: demandar lo que quiero: aquí será pedir gracia para elegir lo que más gloria de su divina majestad y salud de mi ánima sea [152].

Aunque restan muchos días de contemplación evangélica, seguramente el ejercitante tiene ya un deseo sincero de entrar en la órbita del plan de Dios. Podrá rezar confiadamente con el salmista, repitiendo las palabras que se aplican tan bien al mismo Jesús:

*En Yahveh puse toda mi esperanza,
y escucho mi clamor. (...)
Ni sacrificio ni oblación querías,
pero el oído me has abierto;
no pedía holocaustos y víctimas,
dije entonces: Heme aquí, que vengo.
Se me ha prescrito en el rollo del libro
hacer tu voluntad. (...)
Y yo, pobre soy y desdichado, pero
el Señor piensa en mí” (Sal 40(39)).*

Ahora bien, la aparente serenidad lógica y afectiva en que está formulada la petición no revela la tempestad que se desata en el interior del ejercitante cuando efectivamente está ligado por afecciones o repugnancias imperiosas.

En el Evangelio el joven rico que buscaba la perfección, deserta. Los invitados a la boda no acuden a la fiesta. Se nos dice que no se puede servir a dos amos a la vez. Incluso se nos advierte que quien prefiere el padre o la madre al Señor no puede ser discípulo suyo. La parábola de la perla y el tesoro escondidos apuntan a la valoración absoluta del Reino por encima de toda otra realidad. En cambio San Pablo considera basura toda su riqueza de herencia familiar, su cultura y su perfección ante la ley, comparadas con el seguimiento de Jesús. Emprende una lucha contra sí mismo para no quedar descalificado en la carrera para alcanzar a Jesús, *¡que le ha alcanzado primero!* (1Co 9, 26-27).

En los coloquios la petición se radicaliza y se concentra en los puntos más hirientes. En este caso se trata de desarraigar la afección o la repugnancia pidiendo y suplicando a Dios ser elegido de manera que se prescinda del objeto de la afección, *“sólo que sea servicio y alabanza de la su divina bondad”* [157]. Nótese cómo Ignacio suaviza la lucha, contraponiendo a la afección no la divina “majestad” sino la “bondad” divina. ¡En estos detalles muestra su finura y experiencia!

OCTAVA PETICIÓN. Contemplación de la Cena [193]

“Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros... Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros” (Lc 22,19-20).

En Manresa Ignacio leía cada día toda la Pasión. Su contemplación le inspira dos peticiones para la Tercera Semana, una de tipo más penitencial en la que resuena todavía la pregunta de lo que ha hecho Jesús por mí y la otra en la que suspira por el seguimiento en unión con Él. La primera, en la que nos fijamos ahora, dice así:

Petición: demandar lo que quiero: será aquí dolor, sentimiento y confusión, porque por mis pecados va el Señor a la pasión [193].

Estos sentimientos quiso despertar en un clérigo de París que iba con prostitutas. Le esperó una noche en las afueras metido en una balsa gélida que había junto al camino, diciéndole que no saldría hasta que él no abandonase su doble vida.

La “sustitución” –en vez de– que insinúa la preposición *por (mis pecados)* confunde a Ignacio. De joven había tenido una extraña experiencia. Un pobre fue azotado públicamente por unas peras que habían robado Ignacio y su pandilla. Ignacio presenció el castigo sin delatarse. Lo confesó muchos años más tarde en su pueblo con gran sentimiento de indignidad. Encaramado a un ciruelo daba su catequesis a la gran concurrencia que no cabía en la ermita. Les lloraba su culpable dolor por el pobre, lloraban ellos por el recuerdo de Jesús.

Además, como peregrino avezado a largos caminos, considera Ignacio la ida de Jesús a la pasión. Será una ida física o intencional, tal como ya contemplaba en el nacimiento, primer tramo del camino hacia la cruz, mirando y considerando lo que hacen las personas –María y José– caminando para que Jesús naciese en pobreza extrema y al final de tantos trabajos para morir en la cruz. Es decir, comprende toda la vida de Jesús como realización de la parábola del buen pastor en busca de la oveja perdida.

En pura imitación de Cristo, enterado de la enfermedad del compañero de habitación que recordábamos en el capítulo anterior, emprende aquel largo camino. Además de la repugnancia y el miedo, consigna Ignacio su enorme consolación a partir de Argenteuil, pasados los 11 primeros kilómetros. Allí se guardaba, se decía, la túnica de Jesús, y lo hace constar. De tanta alegría se puso a gritar por los campos y a hablar con Nuestro Señor [Au 79].

Psicológicamente, por tanto, en la pasión se refuerza el sentido de pertenencia desde el momento en que percibo que el Señor ha optado por mí hasta el final. Resuena el *por mí* ignaciano y en el corazón de un apóstol este *por mí* se aplica a cada persona. Lo vivía de tal manera Ignacio que al cruzarse con cualquiera se inundaba de alegría y tenía que contenerse para no estallar. En toda persona reconocía la etiqueta de su precio: la muerte de Jesús por ella. “*¡Habéis sido bien comprados!*” (1 Co 7,23).

Si Jesús hablaba de la oveja encontrada en el barranco que alegra tanto al pastor, como en el cielo el pecador reencontrado, ahora, en un trágico viernes, se deja colgar en el abismo de la muerte para acercarse y alargar la mano al ladronzuelo también moribundo. “*Hoy estarás*

conmigo en el paraíso” (Lc 23, 43). Mueren juntos. ¡Qué caminos más extraños y cuánta puntualidad desde la eternidad para encontrarse con quien le iba a necesitar!

Las contemplaciones de tercera semana añaden tres puntos a los ya habituales de mirar las personas, escuchar lo que dicen y ver lo que hacen para sacar provecho.

Así el cuarto punto, de inspiración joánica, insiste en la voluntariedad de la entrega de Jesús. *“Nadie me quita la vida, soy yo quien la doy”* (Jn 10,18). De hecho no se deja prender hasta estar seguro de que los discípulos se salvan. Se comprende el amargo lloro de un Pedro acobardado, que aún le sigue de lejos.

El quinto punto invita a darse cuenta de cómo la divinidad de Jesús se esconde dejando padecer tan cruelmente su sacratísima humanidad. Es Pilato quien lo subraya después de que Jesús le ha dicho que renunciaba a sus ejércitos celestiales: *“Salió entonces Jesús fuera llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Díceles Pilato: “Aquí tenéis al hombre”* (Jn 19,5).

El sexto punto se pregunta qué se ha de *padecer* por él. Es muy paulino. En efecto, San Pablo se atreve a afirmar que completa con sus sufrimientos la pasión de Cristo. Isaías, en el cuarto canto del siervo, previó que el apasionamiento de Dios por el mundo rebrotaría paradójicamente en su imagen. La pasión de Jesús confirma la profecía:

*“¡Y con todo eran nuestras dolencias
las que él llevaba y nuestros dolores
los que soportaba!
Nosotros le tuvimos por azotado,
herido de Dios y humillado.
Él ha sido herido por nuestras rebeldías,
molido por nuestras culpas.
Él soportó el castigo que nos trae la paz,
y con sus cardenales hemos sido curados.
Todos nosotros como ovejas erramos,
cada uno marchó por su camino,
y Yahveh descargó sobre él
la culpa de todos nosotros. (...)
Tras arresto y juicio fue arrebatado,
y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa?
Fue arrancado de la tierra de los vivos;
por las rebeldías de su pueblo ha sido herido.”*
(Is 53,4-6.8)

NOVENA PETICIÓN. Contemplación del Huerto [203]

“Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,19-20).

Según el testimonio de una monja clarisa de Manresa hasta la Guerra Civil se conservaba en su monasterio la cruz de madera que San Ignacio llevaba en sus viacrucis. También, hasta dejar Barcelona, colgaba un crucifijo de palmo y medio sobre la tela de saco con la que cubría su pecho desde el día en que se convirtió, según testimonio de su hermano adoptivo, Joan Pascual, que lo guardaba como una reliquia (Font, III, p.195). *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”* (Mc 8,34). No es de extrañar que la tradición haya identificado la Cueva de la estancia en Manresa por las cruces grabadas en la piedra. Tampoco maravilla que al dar gracias de la gran ilustración del Cardoner acuda a la Cruz del Tort.

En la conversión de Saulo el Señor vaticina a Ananías el futuro del apóstol: *“Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre”* (Hch 9, 16), y Pablo se gozará de compartir los padecimientos de Cristo. Ignacio, en cambio, antes de la visión de la Storta al imprimirle Dios en el corazón: *“Yo os seré propicio en Roma”*, lo interpreta como que *posiblemente seremos crucificados en Roma*. Más adelante, en la visión mencionada, es Jesús mismo el que con la cruz a la espalda lo toma al servicio de la Trinidad según la petición de Padre Eterno: *“Quiero que tomes a éste como servidor tuyo”* (Font II, p.133). De hecho, a pesar de que Ignacio tenía intención de vivir y morir en la tierra de Jesús y así lo expresó al papa Pablo III, éste le vaticinó que Roma sería para él una buena Jerusalén.

Así, la petición actual avanza un paso más, pidiendo la unión real y afectiva con Cristo:

Petición: demandar lo que quiero, lo cual es propio de demandar en la pasión, dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí [203].

Y le fue concedido de verdad. Enfermedades, hambre y desnudez, juicios, insultos, prisiones, azotes y expulsiones se reparten a lo largo de toda su vida. De alguna manera el resumen autobiográfico que hace Pablo en el capítulo 12 de la segunda carta a los Corintios retrata a Ignacio porque como Pablo también él pedía imitar el porte de Jesús y vestir la librea de su pasión.

En Barcelona le dieron una paliza junto con el sacerdote Pujalt. Éste murió, Ignacio estuvo 53 días en cama envuelto en toallas empapadas de vino para reanimarlo. En Alcalá fue encadenado durante semanas pie con pie con su compañero Calixto. La cadena de menos de dos metros estaba atada a un poste. Ignacio dice delicadamente: *“cada vez que uno quería hacer una cosa, era menester que el otro le acompañase”* [Au 67]. Así, a pesar de haberlo experimentado, en Salamanca le respondió a una señora que lamentaba verlo encarcelado: *“no hay tantos grillos ni cadenas en Salamanca, que yo no deseo más por amor de Dios”* [Au 69]. En el segundo punto de la contemplación del encarcelamiento en casa de Caifás dirá

lacónicamente: “*estuvo Jesús toda aquella noche atado*” [292].

A continuación invita a asistir a las burlas y blasfemias de los guardas. El antes vanidoso Ignacio sentía la humillación de Jesús al soportar injurias, falsos testimonios y ser tenido por loco. Los honores, la fama y la estima eran valores esenciales para un caballero mundano. Pero los que siguen a Nuestro Criador y Señor Jesucristo “*aman y desean intensamente todo el contrario; es a saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor (...) pues la vestió Él por nuestro mayor provecho espiritual*” [Cont 101].

La aplicación en la vida ordinaria de esta inversión de valores conduce a ligar la propia vida con los pobres. Se pide dolor “con” y abatimiento “con” Cristo. Resuena todavía la llamada del rey eternal, casi textualmente prestada por su librito de cabecera, para él tan sabroso como plato de perdiz: “*Porque si mueres con él, vivirás con él. Y si fueses compañero en la pena, también lo serás en la gloria*” (Tomás de Kempis. *Imitación de Cristo*, L II, c.XII, n.2).

Por otro lado, el “por mí” de la pena de Jesús esconde un mundo de significados. Indica voluntariedad, sustitución, identificación, amor. En un momento en que el ejercitante ha acabado o está punto de acabar la elección puede mirar de hito en hito la elección de Jesús.

Según San Juan, Jesús prevé el dolor de sus amigos: “*La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. También vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar*” (Jn 16,21-22). Ignacio invita a considerar también ¡el dolor y fatiga de María! [208]. Ella da a luz el Cuerpo Místico. Con el hijo desangrado en su regazo, ¿recordaría María el diálogo de Isaías?:

“-¿*Quién es ese que viene de Edom, de Bosrá, con ropaje teñido de rojo? ¿Ese del vestido esplendoroso, y de andar tan esforzado?*

- *Soy yo que hablo con justicia, un gran libertador.*

- *Y ¿por qué está de rojo tu vestido, y tu ropaje como el de un lagarero?*

- *El lagar lo he pisado yo solo; de mi pueblo no hubo nadie conmigo. Los pisé con ira, los pateé con furia, y salpicó su sangre mis vestidos, y toda mi vestimenta he manchado. ¡Era el día de la venganza que tenía pensada, el año de mi desquite era llegado! Miré bien y no había auxiliador; me asombré de que no hubiera quien apoyase. Así que me salvó mi propio brazo...”* (Is 63,1-5).

DÉCIMA PETICIÓN. Contemplación de la aparición a María [221]

“Regresando del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los Once y a todos los demás. Las que decían estas cosas a los apóstoles eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago y las demás que estaban con ellas” (Lc 24, 9-10).

En Manresa, el ejercitante Ignacio tuvo repetidas experiencias pascuales. Una de ellas fue la superación de una aguda crisis de escrúpulos en medio de un combate inesperado entre la vanagloria y la falsa humildad. Por un lado, mostraba gran fervor en el hablar y gran voluntad de servir a Dios y sentía consolación, como si le mirasen y aprobasen. Por otro, proseguía con sus penitencias extremas por la mala conciencia de su pésima vida anterior. En medio de la lucha una anciana con mucho sentido espiritual y, de antiguo, servidora de Dios le desea: “¡Oh! Plega a mi Señor Jesucristo que os quiera aparecer un día” [Au 21]. ¡No le podían decir nada peor..., ni mejor! Quedó aturdido. No era digno de ninguna manera. Pero, ¿lo quería y lo rechazaba a la vez? ¿Quién le libraría de sus escrúpulos?

Una invasión de dones le descentran de la mirada sobre él mismo, tanto en lo bueno como en lo malo, y pasan a ocupar su mundo interior la Santísima Trinidad, la creación radiante, la humilde presencia eucarística y la blancura humana de Jesús y de María. Lo ve todo nuevo. Al pie de la Cruz del Tort se da cuenta de la victoria de Cristo sobre su pasado. Como dice San Pablo: “Y murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Co 5,15).

Esta alteridad gratuita es la única petición propuesta para las contemplaciones pascuales que comienzan con la aparición a su madre:

Petición: demandar lo que quiero, y será aquí pedir gracia para alegrarme y gozar intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor [221].

El acento de la petición recae sobre Jesús. El contenido de la alegría es la misma alegría de Jesús. ¡Él ha revivido! La traducción Vulgata (1548) de los Ejercicios añade: “*Alegrarse con el gozo de María*”. De hecho, aunque la Escritura no narra la visita a su madre hay un indicio en el versículo citado en el encabezamiento en el que Lucas habla de las *otras* mujeres que confirmaban lo mismo. Ignacio la supone y, en cualquier caso, la manera cómo María se alegraría por Jesús inspirará la alegría ya nada interesada del ejercitante.

También los apóstoles dejan de pensar en ellos mismos cuando se alegran de la ascensión de Jesús. Dice Lucas: “*Se volvieron a Jerusalén llenos de una gran alegría*” (Lc 24,52). Este matiz de alteridad remacha y supera aquel “conmigo” de la invitación del Rey Eternal.

El Salmo 45(44) de las Bodas Reales puede introducir en el íntimo esplendor de la escena:

*“Eres hermoso, el más hermoso de los hijos de Adán,
la gracia está derramada en tus labios.*

Por eso Dios te bendijo para siempre.

Ciñe tu espada a tu costado, oh bravo,

en tu gloria y tu esplendor marcha,
cabalga, por causa de la verdad, de la piedad, de la justicia. (...)
Desde palacios de marfil laúdes te recrean.
Hijas de reyes hay entre tus preferidas;
a tu diestra una reina, con el oro de Ofir”

También añade Ignacio un par de nuevos puntos de mira para las contemplaciones de esta Cuarta Semana. El cuarto punto será considerar el estallido de la divinidad de Jesús, “*que parecía esconderse en la pasión*” [223].

Este juego de manifestaciones radica en la doble condición humana y divina de Jesús. Ignacio lo había experimentado en sus múltiples y diversas visiones. Sólo en Manresa dice que no sería exagerado decir que fueron más de 40. A veces la visión era redonda y blanca - representación eucarística (?)-, la humanidad de Jesús; otras, era redonda y dorada, resplandeciendo su divinidad más que el sol [Au 29, 99].

De hecho, solía encomendarse a Jesús como hijo de María, es decir, en su humanidad –el Jesús histórico– y muy frecuentemente era visitado por el Cristo glorificado. Por ejemplo la tarde del 27 de febrero de 1544 anota: “*me parecía en espíritu viendo que primero había visto a Jesús, como dije, blanco, id est, la humanidad, y en este otro tiempo, sentía en mi ánima de otro modo, es a saber, no así la humanidad sola, mas ser todo mi Dios, etc., con una nueva efusión de lágrimas y devoción grande, etc.*” [DE 87].

En el quinto punto pone de relieve el oficio de consolar de Jesús tal como se suele entre amigos.

Todavía aquí se percibe la experiencia vital de Ignacio. El último deseo que tuvo en Tierra Santa fue visitar el lugar del Monte de los Olivos en el que se veneraban las huellas de los pies de Jesús grabadas en la roca el día de la Ascensión. Se escabulle del grupo de peregrinos y, sin guía, se queda allí rezando. Al irse se da cuenta de que no se ha fijado bien en la orientación de los pies de Jesús y aún vuelve. Los frailes desconfían de él, le habían prohibido quedarse en Tierra Santa, y le hacen buscar. Lo atrapa un guardián, le amenaza con un garrote y se lo lleva bien atado hasta el monasterio. Dejándose llevar fácilmente describe así su vivencia: “*tuvo de nuestro Señor grande consolación, que le parecía que veía Cristo sobre él siempre. Y esto hasta que allegó al monasterio duró siempre en grande abundancia*” [Au 48].

De alguna manera Ignacio hace su oficio de consolar al proponer al ejercitante casi todos los textos pascuales.

UNDÉCIMA PETICIÓN. Contemplación para alcanzar amor [223]

“Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios, y Dios en él” (1Jn 4,16).

Ignacio está convencido. Anota como de pasada: *“Dios nuestro Señor; (que más me ama que yo a mí mismo)...”* [DE 185].

Se han hecho muchas aproximaciones a la figura de San Ignacio, tratándolo de soldado de Cristo, de santo cortesano, de caballero medieval, de peregrino, de asceta, de estratega, de fundador, de mendigo, de místico. Pero cuando se entra en su intimidad se descubre hasta qué punto el amor de Dios le encendía y le consumía. Era un amor recíproco, de obra más que de palabra, y una eucarística comunicación de bienes.

Aduzco cuatro instantáneas de diez en diez años. La primera, de 1524. Barcelona. Su compañero de habitación, el mencionado Joan Pascual, todavía muy joven da este testimonio de lo que vio y sintió: *“Dormía casi cada noche en el suelo sin ponerse en el lecho y pasaba la mayor parte de ella en oración arrodillado a los pies de su lecho, y muchas noches lo observaba y veía la cámara llena de resplandor y él en el aire arrodillado, llorando, suspirando y diciendo: Dios mío, y cuán infinitamente sois bueno, puesto lo sois para sufrir quien es tan malo y perverso como yo”* [Script II, pág 90].

La segunda: el día de Santa María, 15 de agosto de 1534. París. Siete universitarios madrugan para ir a ofrecer su voto de dedicarse al servicio de Dios en pobreza en la capilla de St. Dénis de Montmartre. Pedro Fabro, que entonces era el único cura, celebra la Eucaristía y antes de la comunión espera con la hostia en la mano a que cada uno de los compañeros diga su voto en voz alta diciéndolo él el último. Intercambio eucarístico de mutua donación. A las invocaciones *“Tomad y comed todos...”* y *“Tomad y bebed todos...”* corresponde Ignacio con un apasionado plagio: *“Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad...”*.

La tercera es del 5 de marzo de 1544. Roma. Inundado todo el día de lágrimas escribe por la tarde en su Diario: *“(...) de modo que todas veces que en mí era en la misa y antes especiales visitaciones espirituales, todas terminaban en la santísima Trinidad, llevándome y tirándome a su amor. Acabada la misa (...) tantos sollozos y efusión de lágrimas, todo terminando al amor de la santísima Trinidad, que me parecía no quererme levantar, en sentir tanto amor y tanta suavidad espiritual”* [DE 108-109].

La cuarta, su vivencia eucarística, inundada de presencia y de amor de Dios lo consumía. *Cualquier cosa de servicio de Dios que hace el padre Ignacio*”, cuenta Câmara en su Memorial allá por 1554, *“la hace con admirable recogimiento y prontitud; y parece claro que no sólo imagina tener a Dios delante, sino que lo ve con los ojos; y eso se puede ver hasta cuando bendice la mesa. Y se cree que de aquí nace el gran daño que recibe su cuerpo cuando oye o dice la misa, si no está fuerte; y aunque lo esté, muchas veces lo hemos visto ponerse enfermo el día que ha dicho misa”* [ReIg. 183].

Así, al final de los Ejercicios Ignacio propone naturalmente vivir de otra luz, obsevando en todo el amor de Dios y correspondiéndole con la cooperación total en su Reino.

Petición: pedir lo que quiero: será aquí pedir conocimiento interno de tanto bien recibido, para que yo enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad [233].

Cambia el “más” del Principio y Fundamento por el “todo” y no procura tanto agradecer como corresponder.

Tampoco es petición de perseverancia sino una contemplación que permitirá perseverar: vivir desde la amistad, “Amigo y Amado”. Trae aquí la expresión de Ramon Llull, que posiblemente leyó en Barcelona ya que, como dice Joan Pascual, “*Estudió gramática en mi casa y tuvo siempre a su disposición la biblioteca que en ella teníamos del dicho Antonio Pujol, mi tío, que era muy copiosa, curiosa y rica*” (Script II, pág. 89).

Ignacio se aproxima al planteamiento joánico sobre el amor extremo tanto en la donación del Hijo al Padre como en la donación de Jesús, lavando pies. Y recíprocamente asiste a cómo Jesús acoge la triple confesión de Pedro en clave de misión: “*Apacienta mis ovejas*” (Jn 21, 15-17).

La primera carta de Juan desarrolla esta nueva manera de vivir en Dios por el amor: “*Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud.*” (1 Jn 4, 11-12).

Juan de la Cruz se expresa de forma parecida al decir gozosamente:

*“Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo el amar es mi ejercicio.”
(Canto espiritual, núm. 28)*

Muchos Salmos meditan y cantan los dones recibidos de Dios por el pueblo o por el mismo orante. Valgan como muestra el Salmo 103(102):

*“Bendice a Yahveh, alma mía,
no olvides sus muchos beneficios.”*

Y el Salmo 116 (114-115) en el que también se pide corresponder al amor contemplado.

COLOQUIOS

San Ignacio invita a acabar todas las meditaciones o contemplaciones con un coloquio y frecuentemente añade en él algunas notas explicativas. Espigando se puede obtener un minitratado de oración.

Las personas

La primera nota a destacar es la atención que pone en la persona con la que trata. Muy frecuentemente es Jesús su interlocutor, pero es bien sabido que en momentos capitales se dirige primero a María, después a Jesús y después al Padre, pidiendo a los primeros que le “pongan”, que intercedan, ante Dios Padre.

En su Diario queda constancia también de su recurso a los santos y deja rastro en diversas composiciones de lugar de los Ejercicios, como por ejemplo, en las contemplaciones del Rey Eternal y para Alcanzar Amor. Igualmente tiene diversos coloquios con el Espíritu Santo. Según el P. Jerónimo Nadal era la persona divina a quien más se dirigía.

Todavía es más de notar de su Diario una especie de sensibilidad espiritual que le permite sentir qué persona divina o humana le es más propicia. De manera que a ella dirigirá la oración después de haber hecho una especie de sondeo celestial hasta que la encuentra.

La relación

En segundo lugar, una vez establecida la relación propone tratar de lo que se busca con un talante doble, según la inspiración o la intimidad del momento: como un amigo habla a un amigo o un siervo a su señor. *“No es otra cosa oración mental”*, según Santa Teresa, *“que tratar de amistad estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama”*.

Parece que en Ignacio domina más la segunda forma de relación, la del siervo, pero también en el Diario queda constancia de coloquios encendidos de amor de amistad. En este caso, es la iniciativa divina la que realmente le invita a relacionarse así. Uno recuerda las palabras de Jesús en la Cena cuando dice a los discípulos que ya no les llamará siervos sino amigos. En la contemplación para alcanzar amor esta forma de tratarse ya es explícita, de palabra, tal como el Amigo comunica al Amado y el Amado al Amigo y, de hecho, con la confiada inspiración eucarística del “Tomad, Señor, y recibid”.

Las operaciones

Las operaciones inherentes al coloquio insinuadas por Ignacio son múltiples. Habla de imaginar, mirar, discurrir, comparar, hacer memoria, buscar, pedir alguna gracia, culparse de alguna cosa mal hecha, proponer enmienda, ofrecerse, suplicar, comunicar las cosas propias, querer consejo y repetir oraciones vocales, particularmente el Padrenuestro, el *Anima Christi* y el Avemaría. Y, por parte de Dios, habla de conceder, de dar vida, de tener misericordia y piedad, de no dejar caer, de ofrecer inspiración, de elegir, de recibir y de dar gracia.

Los contenidos

Es imposible recoger todos los temas a tratar con el Señor porque habría que repetir todas las meditaciones y contemplaciones de Ejercicios. Se subrayarán sólo aquellos temas de los coloquios que superan con mucho la gracia pedida en las once peticiones comentadas.

Ya en la primera, el coloquio, como se ha indicado, traspasa la comparación del ejercitante con otros pecadores a la comparación con Jesús. En la segunda, se pasa de pedir dolor por los propios pecados a dar gracias por la misericordia de Dios. En la tercera, del propósito de no pecar más en vista de las penas del infierno a la consideración de la paciencia y cuidado de Dios.

En la cuarta, se empieza pidiendo no ser sordo y se acaba con un ofrecimiento al camino de mayor imitación de Jesús, eso sí, con Jesús.

En la quinta matiza con finura que la contemplación de la Encarnación realizada por el que ora es una nueva encarnación, ahora y aquí, en su corazón. Consecuentemente además de seguimiento pide imitación.

En la sexta, Banderas, y en la séptima, Binarios, se pide lucidez y libertad de discernimiento y se decanta por pedir insistentemente y nuevamente, con triple coloquio y repetido cinco veces en la oración, ser aceptado bajo la bandera de Jesús y por donde no rija la afección desordenada.

En la octava, en una nota que prevé los intensos coloquios de las contemplaciones de la pasión y de la resurrección, dice textualmente: *“Es de advertir, como antes y en parte está declarado, que en los coloquios debemos de razonar y pedir según la subiecta materia, es a saber, según que me hallo tentado o consolado, y según que deseo haber una virtud o otra, según que quiero disponer de mi a una parte o a otra, según que quiero dolerme o gozarme de la cosa que contemplo, finalmente pidiendo aquello que más eficazmente cerca algunas cosas particulares deseo; y desta manera puede hacer un solo coloquio a Cristo nuestro Señor o si la materia o la devoción le conmueve, puede hacer tres coloquios, uno a la Madre, otro al Hijo, otro al Padre, por la misma forma que está dicho en la segunda semana en la meditación de las dos banderas, con la nota que se sigue a los binarios”* [199].

Finalmente en la undécima se concreta el querer amar y servir en todo con la ofrenda personal total. Es muy conocida su oración:

“Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; Vos me los disteis, a Vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta.” [234]

Conclusión

Estas páginas han querido presentar un compendio del camino de Ejercicios siguiendo los hitos propuestos en las diversas peticiones. Son doce deseos sembrados como semillas en los campos arados del ejercitante. Ignacio es muy consciente de que no basta el esfuerzo propio porque sólo el Espíritu da el crecimiento. Es por ello que en su correspondencia suele empezar las cartas pidiendo la gracia y el amor de Dios y las acaba con el deseo de que el lector y él encuentren la voluntad de Dios. Estos exordio y final compendian en vida ordinaria los

Ejercicios, pero a la inversa, acabando donde empiezan. Ahora bien, dirigiéndose a los novicios, mejor que nadie, resume su proyecto de vida espiritual. Les escribe:

“Todos se esfuercen de tener la intención recta, no solamente acerca del estado de su vida, pero aun de todas cosas particulares, siempre pretendiendo en ellas puramente el servir y complacer a la divina Bondad por sí misma, y por el amor y beneficios tan singulares en que nos previno, más que por temor de penas ni esperanza de premios, aunque desto deben también ayudarse; y sean exhortados a menudo a buscar en todas cosas a Dios nuestro Señor, apartando, quanto es posible, de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador dellas, a Él en todas amando y a todas en Él, conforme a la su santísima y divina voluntad” [Const 288].

BIBLIOGRAFÍA

- Arzubialde, Santiago: *Ejercicios espirituales de San Ignacio. Historia y análisis*. Mensajero - Sal Terrae, Bilbao - Santander, 1991.
- Calveras, José: *Qué fruto se ha de sacar de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*. Ed. Librería Religiosa, Barcelona, 1953.
- Christus. *Pratiques ignatiennes. Donner et recevoir les Exercices Spirituels*. Núm.170 HS. Mai 1996.
- Dalmases, Candidus; Calveras, Iosephus: *Sancti Ignatii Exercitia Spiritualia*. MHSI vol.100. IHSI, Romae, 1969.
- Les Exercices Spirituels d'Ignace de Loyola. Un commentaire littéral et théologique*. Ed. Institut d'Études Théologiques, Bruxelles, 1990.
- López Tejada, Darío: *Los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola. Comentario y textos afines*. Edibesa, Madrid 1998.

SIGLAS

[...] *Libro de los Ejercicios de San Ignacio*. San Ignacio de Loyola, Obras Completas, BAC, Madrid, 1982.

Au: *Autobiografía de San Ignacio*. Íbidem.

Const: Constituciones de la Compañía de Jesús. Íbidem.

DE: *Diario espiritual de San Ignacio*. Íbidem.

Ep: *Epistolae Sancti Ignatii, Monumenta Historica Ignatiana I-XII*

Font: *Fontes Narrativi I, II, III i IV*

Relg: *Recuerdos Ignacianos, Memorial del P. Câmara*. Luis Gonçalves da Câmara, Mensajero- Sal-Terrae, nº7, Bilbao-Santander, 1992.

Script: *Scripta de Sancto Ignatio I i II*

© *Cristianisme i Justícia* – Roger de Llúria 13 – 08010 Barcelona
T: 93 317 23 38 – Fax: 93 317 10 94
espinal@redestb.es - www.fespinal.com